

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONARQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

Se publica los días 5, 13, 20 y 28 de cada mes, desde el 5 de mayo de 1869.

PRECIOS DE LA SUSCRICION EN MADRID Y PROVINCIAS: Cincuenta reales al año, ó trece reales trimestre, suscribiéndose en la Imprenta de *La Esperanza* ó en la administracion de la *Revista*, calle del Barco, núm. 9 primero, cuarto tercero, dirigiendo la correspondencia á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y Editor de la misma. En las librerías, ó por medio de los comisionados (cuya lista se halla en las cubiertas del primer tomo de la *Revista*), cuesta sesenta reales al año, ó diez y seis por trimestre.

SUMARIO.

Las dos escuelas, por D. A. J. de Vildósola.—Los Regulares (continuacion), por D. D. Hevia.—Virginia, ó Roma en tiempo de Nerón: novela escrita en francés por *Villefranche*, y traducida por D. Francisco Melgar (continuacion).—Revista de la semana.—Crónica general.—Variedades: Para qué sirven los pobres, por *Leon Gauthier*.—Parte oficial de la *Gaceta*.—Advertencias.—Anuncio.—Ademas, con el presente número se reparte el pliego 5.º (16 páginas) de los Pensamientos religiosos, filosóficos y políticos de Bonald, traducidos por la redaccion de la *Revista ALTAR Y TRONO*.

LAS DOS ESCUELAS.

I.

Una Revista de alguna nota publica un extenso artículo que resume todas las ideas de la escuela revolucionaria, y es preciso pesar lo que esas ideas valen por sí y comparadas con las de la escuela de la tradicion.

Eso es lo que vamos á hacer.

II.

Para el articulista, como para los demas revolucionarios que saben escribir y no solo vocear, todos los acontecimientos y todas las revoluciones, como todos los hombres célebres, y aun no célebres, cumplen su mision en el mundo: los hombres vienen á él dotados *ab obo* de todas las condiciones para realizarla, y las cosas sobrevienen en el tiempo y en el modo en que deben sobrevivir para el cumplimiento de esa mision; mision que se dirige á un fin, y fin que no es otro sino el del reinado de la libertad, y por ende el de la legalidad y el de la fraternidad sobre toda la faz de la tierra. La negacion completa de lo sobrenatural en cuanto á la direccion de los acontecimientos, dado que, por una patente inconsecuencia, no lo nieguen en cuanto á su principio, objeto y fin, y por lo tanto la absoluta superioridad de la razon, es decir, su autonomía; hé aquí el fondo de la idea democrática, la regla suprema á que los demócratas sujetan sus acciones: regla que es tambien para ellos la única de crítica á que se atienen en todo lo que examinan y juzgan.

Partiendo, pues, de ella, y para presentarla esplendente, el articulista examina la historia desde los primeros tiempos de las sociedades griegas. Ve empezar la lucha entre Europa y Asia en la guerra de Troya, concluyendo en favor de la primera con la toma de la ciu-

dad de Príamo. Sigue paso á paso, y con interes, á las repúblicas helénicas en sus rivalidades, en sus luchas; estudia detenidamente, y con delectacion, su informe teogonía; recorre todos sus gimnasios, asiste á todas sus academias, escucha en las plazas públicas á todos sus oradores, se recrea en todas sus fiestas; pero abandona el estudio y se separa de sus goces por seguir á su idea favorita, que las repúblicas griegas desconocen, aunque vienen preparando su triunfo. Filipo primero y Alejandro despues, avanzan un paso, aunque parece que retroceden, en su seguimiento: la elocuencia de Demóstenes se estrella ante la astucia de Filipo, y roto por Alejandro el nudo gordiano, síguele el articulista en su conquista de Oriente, que está completamente olvidado de la idea, la ve sembrar allí, y pasa luego á examinar la nacionalidad romana, que debe recoger los frutos.

En Roma encuentra ya desde su principio á la idea mas claramente percibida en la lucha de los patricios y de los plebeyos. Los Gracos sucumben, Mario muere miserablemente, el patriciado triunfa; pero César se levanta, y á su vez suena la hora del patriciado y la ruina de la teogonía profana, incompatible con el triunfo de la idea. Todas las naciones reciben el yugo de Roma, yugo ignominioso que la fuerza de la idea refugiada en los primeros cristianos y la virilidad de los bárbaros que se hallaban en las mejores condiciones para recibirla, rompe, aunque no tan pronto como la dignidad del hombre exigia. La idea va apareciendo mas clara; pero si se alcanza ya á distinguirla, se la ve apegada al terreno con los siervos de la gleba, insultada por los señores desde las almenas de sus castillos. Poco á poco, y auxiliada por los Reyes, la idea se va elevando; enfrente del castillo se levanta la municipalidad, que, siempre ayudada del Trono, se sobrepone á su rival, pero se ve sofocada por su amigo. La reforma que hace la revolucion en la Iglesia prepara la social, socavando los tronos por su base. Nace el filosofismo con Descartes; el gesto sarcástico y continuado de Voltaire derriba todas las preocupaciones, y las palabras de Mirabeau aseguran el triunfo de la idea: triunfo que la Convencion proclama y que Robespierre consagra.

Hé aquí la historia progresista que en resumen queda reducida á pintar el abandono sucesivo de la idea por la humanidad y su castigo por el cesarismo, desde Filipo hasta Napoleon III, pasando, segun el articulista, por Carlos V de España y Enrique IV de Francia,

III.

Principio, sobre falso, pobre; concepcion, sobre estraviada, mezquina; apreciaciones, sobre erróneas, raquílicas; estos son los defectos culminantes que encontramos, aparte de la exuberancia de expresion, en las teorías del articulista revolucionario.

No todo el principio, no toda la concepcion, no todas las apreciaciones, sin embargo, puede decirse en absoluto que son falsas, estraviadas y erróneas, aunque sí puede asegurarse que son pobres, mezquinas y raquílicas. El principio revolucionario, en cuanto tiene de ecléctico, encierra una parte, siquiera sea mínima, de verdad; y tiene de ecléctico la aceptacion del dogma cristiano como base, si bien despojándole de ese carácter, y el reconocimiento de la autonomía de la razon. Por lo demas, en el absurdo de proclamar la autonomía de la razon incompatible con la fe católica que se funda en la revelacion, reconociendo al mismo tiempo un fatalismo que crea los hombres y dirige los acontecimientos á un fin tan inconcebible aun para la razon mas obtusa como el que la revolucion espera, se deja ver, así lo falso y pobre del principio democrático, como lo estraviado y mezquino de la concepcion que lo ha creado y lo fomenta.

IV.

La escuela absolutista, ultramontana ó tradicional, no camina tan á ciegas. En el mismo terreno de la razon, y prescindiendo de la palabra de Dios, luz radiante que alumbra hasta las inteligencias mas oscuras, la escuela ultramontana reconoce un principio de progreso ilimitado, tanto que nadie llegará á alcanzarle, pero que hace que el género humano marche por el camino que conduce á él, prometiéndole en la tierra todo el grado de felicidad que puede conseguirse, y un cielo eterno para despues. Y esa felicidad no es ilusoria; bastaria para hacerla real la esperanza de conseguir lo que se promete, si no tuviéramos pruebas evidentes de que, sea cualquiera la condicion, sean cuales fueren las circunstancias, todo hombre que acepta esos principios y sigue el camino señalado alcanza el mayor grado de felicidad que se puede lograr en la tierra.

No sucede lo mismo al que acepta los principios democráticos. La autonomía de su razon gravita sobre él con relacion á la vida y con relacion á la eternidad. Con relacion á la vida, el hombre que tiene por autónoma á su razon, pone á esta casi sin defensa, en constante lucha con sus pasiones; lucha en que su triunfo nunca es completo ni permanente, y en que la derrota puede ser fácil; y lucha que, de todos modos, no deja al hombre un momento de sosiego. Vencida la razon, y suponiendo que las pasiones puedan satisfacerse, lo cual es dificultoso, nunca detras ó en la satisfaccion de las pasiones se ha encontrado la felicidad. Si la razon, ya que no pueda triunfar, resiste, ¿qué premio aguarda por su resistencia? ¿Un Eden? Para una razon autónoma no es, no puede ser artículo de fe, y por lo tanto de completa seguridad, el que le haya. Así, pues, con relacion á esta vida y con relacion á la eternidad, el principio democrático hace al hombre desgraciadísimo, y trae á la sociedad al punto que vamos á ver, oponiendo nuestras

apreciaciones históricas á las apreciaciones del articulista en cuestion.

V.

En las repúblicas griegas, desde donde toma la historia, el cesarismo era un hecho constante, dictadura de una ciudad, de una casta, de un hombre: hé aquí la historia de Grecia. A su vez la Grecia toda cayó bajo la dictadura de Alejandro; los descendientes de Júpiter, de Minerva, de Vénus, de Hércules, fueron esclavos de un bárbaro, marcharon uncidos á su carro con los egipcios y con los indios. El cesarismo volvió á renacer con Roma. Para ese pueblo orgulloso, los esclavos eran cosas, los extranjeros eran bárbaros; allí, como en Grecia, la estúpida (el articulista la llama *poética*) teogonía del paganismo, daba sus frutos naturales. El cesarismo debió resolver y resolvió la eterna guerra de los patricios y de los plebeyos. Estos creyeron ver en César á su libertador, y encontraron á sus verdugos en la guardia pretoriana.

Entre tanto las promesas de Dios á su pueblo se habian cumplido. Nuestro Señor Jesucristo bajó á la tierra que sus discípulos debian conquistar; el cesarismo concluyó de hecho con el primer Emperador cristiano. Con las triunfantes irrupciones de los bárbaros, las nacionalidades libres del yugo de la Roma pagana empezaban á constituirse, auxiliadas por la Roma cristiana. Spartaco vió caer á sus pies las cadenas que no habia podido romper; la esclavitud dejó de ser de derecho de gentes; la servidumbre tuvo leyes mas humanas. Mientras que con la cruz en una mano y la espada en la otra se libertaba al suelo europeo, en su mayor parte, del fatalismo materialista, llegó á constituirse esa admirable sociedad que se llama la Iglesia, y se formó el cuerpo de leyes del Derecho canónico, que reconocia la igualdad de los hombres ante la ley, que llamaba á los príncipes como á los porqueros á la Silla de San Pedro, que reformaba la legislacion penal. Con el amparo de la Iglesia se hacian admirables descubrimientos: animados con su aliento, los cruzados penetraban en el Asia; las artes se ennoblecian, las ciencias prosperaban, las cadenas se rompian en todas partes.

Pero en tanto que el feudalismo concluia; en tanto que los Reyes iban formando á las sociedades segun el admirable modelo de la Iglesia; en tanto que Colon, invocando á la Santísima Trinidad, daba nuevos mundos á la fe, un fraile apóstata y sensual y un Rey sanguinario y disoluto lanzaban en Europa una tea incendiaria, proclamando la reforma religiosa. No faltaron materiales para el incendio; siempre ha habido pasiones entre los hombres; no faltaron tampoco trabajadores que ayudaran á propagarle; desde Lutero á Proudhon, anillos en que se juntan los eslabones de una cadena, se encuentran los Calvinos, los Huss, los Spinosas, los Fuerbachs, los Hégel. El cesarismo se presenta en Inglaterra, ¡en la tierra de los Santos! El cesarismo aparece cubierto de sangre en Francia con Robespierre, glorioso con Napoleon, y la causa de su reaparicion es siempre la misma: la autonomía de la razon. Hé aquí nuestra historia.

VI.

Ahora bien: partiendo del principio de la revolucion, reconociendo la insuficiencia de la razon humana, acep-

tando y acatando las prescripciones de la Iglesia, y tomándola por modelo, queremos la unidad del poder con la limitación de la ley de Dios y de los consejos de los hombres, y creemos que estos son los únicos medios de que los hombres vivan felices individualmente, sea cual fuere la posición que ocupen, y las sociedades vivan tranquilas, adelantando y progresando. Y creemos esto, no solo por lo que la razón nos dicta, sino por lo que la historia nos dice. Es seguro que sin la reforma religiosa, que preparando, no la libertad, sino la licencia de los pueblos y de los individuos, empezó por hacer más absoluto el poder de los Reyes, estos hubieran llenado las exigencias justas de los pueblos; y tanto es así, que no se podrá mostrar una reforma, una sola de las que verdaderamente han sido ventajosas al pueblo, que no haya procedido de la iniciativa de los soberanos, únicos que con el catolicismo y la legitimidad pueden salvar á las sociedades de las borrascas en que, gracias á las ideas revolucionarias, están á punto de naufragar.

A. J. DE VILDÓSOLA.

LOS REGULARES (I).

III.

La mala fe, la iniquidad, el odio de los calumniadores, tocan en la demencia más frenética, y la falta de pudor y de lógica de los enemigos de los regulares no les permite ver en estas instituciones benéficas y humanitarias la verdadera fuente de la riqueza social, como se prueba con exactitud matemática en el número 2,635 de *El Pensamiento Español*, y unos escritores tan célebres como el maestro Alvarado, el P. Velez, Noguera, los abogados de Paris Fleuri, Muratori, Moreri, *La Estafeta* de Santiago, y *La Esperanza*. ¿Qué más? Hasta Voltaire, Helvecio y otros enciclopedistas rinden el homenaje de su admiración á los institutos monásticos por los bienes inmensos que hicieron y hacen á la sociedad. ¿Qué utilidad y qué ventajas presenta el mundo que no sean obra de los religiosos? ¿Quién era el gran político de Europa? El franciscano Cisneros. Los religiosos fundaron universidades, regentaron cátedras, y sus nombres forman más de la mitad de los sabios españoles del siglo de oro, á pesar del canónigo Buzy, que en cierto sermón en la catedral de Oviedo se permitió llamarlos *oscuros doctores del siglo XVI*. ¿Y cómo llamaremos al ex-cura de Villasirga...?

El siglo XVI es el siglo de los valientes guerreros, de los santos varones, de los renombrados artistas, de los ilustres literatos, de los divinos poetas; y esto lo decía un extranjero, con vergüenza de un Toreno, que se permitió la sandez más injuriosa, diciendo de su patria que «las tinieblas más espesas habíanse derramado por el desventurado suelo español en el siglo XVI;» cuando hasta los niños saben que el que menos sabía entonces más que todos los sabios del siglo XIX juntos, y eso que lo llaman *siglo de las luces*.

Pero ¿es verdad que los religiosos son enemigos de

la humanidad, como sus enemigos vociferan? ¿Y qué contestan aquellos? *Sumus plane hostes: non humani generis, sed humani erroris*. Al apostolado de las Órdenes monásticas se debe la propagación del Evangelio en las más remotas y bárbaras regiones, pues hoy, como siempre, renuevan el fervor y las virtudes de los primeros fieles.

Con el Evangelio llevaron ellos la civilización, la cultura y todos los bienes á las naciones del mundo, como dicen muy alto Francia, España, Inglaterra, Alemania, Suecia, Rusia, Polonia, el Thibet, el Paraguay, las Indias, Asia y África... Y es lo cierto que el apóstata Juliano ponía por modelo á los idólatras las costumbres de nuestros monges. Los monasterios, dice Fleury, son unos tesoros de todo género de antigüedades. Y esto bien lo saben los *incautadores* novísimos. El restablecimiento de la buena literatura, de los cánones, Concilios y Padres de la Iglesia se debe á los manuscritos antiguos hallados en ellos. Los monges conservaron la pureza del Evangelio en medio de la corrupción general de la Edad Media. Las escuelas y las cátedras se hallaban en su mayor parte servidas por los monges. Eran, en fin, los monasterios los asilos de la virtud y de la ciencia, según el mismo Voltaire, donde se amparaban los que iban huyendo del furor y de la tiranía de los vándalos y los godos.

¿Y cuántas ciudades populosas y opulentas no deben su origen, esplendor y grandeza á los monges? Corvia y Bremen, en Sajonia; Frizlan y Herfeld, en Turingia; Salzbourg y Echster, en Baviera; San Galo y Kempten, en Suiza; San Clodio y Azevil, en Francia; Lucena y Argemira, en Alemania, Oviedo y otras grandes poblaciones, en España, á los benedictinos deben su origen, y eso que se omiten las que radican al otro lado del Rin y del Danubio, como en Suevia, Noruega, Polonia y otras que constan en el *Teatro de las ciudades* por Georgio Braün. *Occasione cænobiorum*, decía Renan, *in germanis provinciis, oppida ista fieri cæpta...* (*De rebus Aleman.*, lib. II.) Pero estos servicios inmensos hechos á la sociedad por los regulares; estos bienes que enriquecieron al mundo, que aun son el asombro de Europa, no podrán apreciarse en su justo valor si no se considera lo que antes eran los países setentrionales, y el miserable estado de ferocidad y barbarie en que yacían sus infelices moradores, según el cuadro melancólico y horrible de aquellos países, trazado por el pincel de Tácito, *De rebus germanorum*, y por Séneca, *De gubernat. mundi*. (Estrabon, lib. VII, y Herodoto, lib. IV.)

Los Abades que tenían asiento en las Cortes de Navarra, eran los representantes y señores de los pueblos y territorios que los antiguos monges cultivaron, dando á sus hijos tierras y casas en que vivir con más comodidad. ¿Qué eran si no las abadías de Galicia, y muchos curatos de Asturias en sus principios? ¿Qué era Guadalupe antes de los monges de San Gerónimo? ¿Qué los campos de Jerez antes de los hijos de San Bruno? Pues eran, como las más florecientes ciudades y poblaciones del orbe cristiano, un cuadro espantoso de bosques enmarañados, tierras pantanosas y eriales de maleza, reducidas por los religiosos á términos de cultura.

Nuestros antiguos monges, según la historia, se juntaban en las breñas y rocas inaccesibles, guarida solo de

(1) Véase el número 76, pág. 58.

fieras, para pensar en su salvacion y la del mundo; y despues del canto de los salmos, echaban mano á la azada, al pico, á la segur; removian los peñascos, cortaban las malezas, roturaban la tierra y convertian los impenetrables bosques en fértiles campos, en deliciosos jardines.

Segun el Diccionario democrático, que debe saberlo mejor que los enemigos de los institutos religiosos, ciencias, agricultura, bellas artes, industria, historia, descubrimientos de todo género..., todo se debe al incansable celo de los regulares. El P. Ponce, benedictino de Sahagun, inventó el arte de hacer hablar á los sordo-mudos, que cultivaron y ampliaron despues L'Epée y otros modernos. El P. Corcuera, monge de San Zoil de Carrión de los Condes, en tiempo de Felipe II, inventó los molinos que molian y se movian sin el concurso del agua ni del viento, presentando uno al Emperador Carlos V para que lo viera moler. Los cinco primeros libros de Tácito; los Césares, Alejandro, Homeros y Virgilio, á no ser por estos ilustres solitarios, serian hoy totalmente desconocidos.

Porque tenian horas marcadas para el penoso trabajo de copiar los viejos pergaminos, y los manuscritos deteriorados mas antiguos. Los monges eran los únicos maestros en Italia, cuando las ciencias y las letras estaban desterradas del orbe literario. «No se contentaron los benedictinos, dice J. Tritemio, con ser doctos en las divinas Escrituras, sino que eran eruditísimos en todas las ciencias humanas y artes liberales, como las matemáticas, astronomía, álgebra, geometría, música, retórica, poesía, historia, filosofía, cánones, teología, etc.» Los trabajos de los monges en el Norte solo se conocerán comparando la moderna civilizacion y cultura de Alemania con la antigua de aquellos países.

Segun Eneas Silvio, sus moradores vivian en absoluta ignorancia, sin saber nada, sin policía, sin sociedad, sin la luz de la fe, sin leyes, sin ciencias, sin artes; no sabian labrar los campos, ni hacer casas; no conocian la vida civil; moraban en cuevas, ó chozas, como los salvajes. Tantas naciones civilizadas, las ventajas del comercio y la dilatacion de las luces, ¿no fueron obra de los institutos monásticos? La conquista del Nuevo Mundo se debió al estandarte de la Cruz, que tremolaron los religiosos en aquellas apartadas regiones; y, segun los historiadores ingleses, á los frailes debe España la estension de sus dominios en Ultramar.

Solos trece monges de la esclarecida Orden de San Benito, embarcados en el año 1495 con rumbo á la América Setentrional, se cuenta que arrojaron á las llamas en la isla Española mas de 170,000 ídolos. Los reinos, provincias y regiones que debieron su conversion y prosperidad á los benedictinos, no tienen número. Por ellos el Brasil llegó á ser uno de los imperios mas poderosos del mundo. San Pedro Dumiense, primer Abad benedictino español, es el Apóstol de los suevos; San Leandro, monge de San Claudio de Leon y Arzobispo de Sevilla, es el Apóstol á quien debemos la conversion de la España arriana. Las demas Órdenes religiosas españolas tienen provincias y misiones en América; Cuba, la Florida, el Orinoco y Guyana, Caracas, Santa Marta, etc., es el gran campo de las misiones capuchinas, segun el Excmo. Sr. Velez.

Sus ocupaciones antes eran bautizar, confesar y predicar; ahora dirigen labores, fundan colonias, atraen indios y aumentan la sociedad con nuevos colonos y la prosperidad de las poblaciones. De manera que un fraile hace allí mas que mil bayonetas. Véase el *Diario de las Cortes españolas* de 1810, tomo VIII, pág. 410. Del claustro salieron nuestros sabios españoles los Scios y Lorenzos de San Blas, Hervas, Masdeu, Velez, Vinuesa, Feijóo, Sarmiento, Arias, Solorzano, Florez, Risco, Alvarado, Martinez, Yepes, Ceballos, Castro y los Salmaticenses; ¡y todavía la monstruosa ingratitud de sus enemigos los llamará *necios, ignorantes y ociosos!* ¡Cuando les deben lo que son, y lo que tienen, y se criaron con la sopa de los conventos! Pero ¿qué beneficio han hecho jamás á la sociedad esos torpes calumniadores de los regulares?

Ninguno mas que los religiosos se ha sacrificado tanto, ni con tan pasmosa abnegacion, en socorro del pobre, del oprimido, del enfermo y del moribundo, ni se ha consagrado con tanto celo á la paz de las familias, á la reconciliacion de los enemigos y á la pacificacion de los reinos, á la educacion de la juventud, al cultivo de las ciencias y de todas las virtudes católico-sociales. Y ¿qué recompensa les dió el liberalismo español? La privacion, la persecucion, los tormentos y la muerte, como en julio de 1834. Y como fruto de servicios tan inmensos, solo se contentan con una estrecha y pobre celdilla, un sayal grosero y un alimento mezquino. ¿Y sus cuantiosos bienes? Se dedican á sostener millares de enfermos, pobres, menstrales, mendigos, jornaleros, dependientes, médicos, cirujanos, las iglesias y el culto divino, que se llevan el remanente de su frugal manutencion, amen de los muchos millones de subsidio que pagan, ó pagaban, al Estado. ¿Hay quien lo dude? Pues año calamitoso vió España en que un solo monasterio ha repartido á los pobres 10,000 fanegas de trigo, cuando valia mas caro.

Tanta verdad es que, meditando la historia de las Órdenes religiosas, es forzoso convenir en que el espíritu de la Iglesia es un espíritu de asociacion, de caridad, de amor y de fuerza; hasta el grado de que un alma sensible, al decir del mismo Voltaire, no puede menos de bendecir tan benéficas instituciones; son los restauradores, los maestros, los protectores natos de la humanidad desvalida, como lo dicen muy alto los servicios heroicos hechos á la Religion y á la patria por los ilustres hijos de Juan de Dios, José de Calasanz, Ignacio de Loyola, Juan de Mata, Pedro Nolasco y Vicente de Paul; de tal modo, que el odio de sus encarnizados enemigos, en vez de abatirlos, los ensalza y corona de lauros inmarcesibles. A pesar, pues, del negro y feroz liberalismo galicano-español; á pesar del mismo Satanás, ha de haber institutos monásticos en tanto que exista la Iglesia de Cristo en el mundo.

Porque si los monarcas de la tierra, que no son mas que ceniza y polvo, tienen sus alabarderos, y sus guardias de corps, y su Guardia Real, ¿por qué no tenerlos el Soberano del universo? ¡Insensatos! Les robaron sus bienes, y los mataron por no poder sufrir ante sus ojos á los fiscales de sus crímenes y de sus abominaciones; para borrar, si pudieran, la idea de otra vida, en la cual muy pronto serán juzgados y condenados, como siempre lo fueron los perseguidores de la Iglesia, por la jus-

ticia de Dios. Y aunque ya tarde, algunos lo conocieron, y aun se estremecen cuando se les dice:

¿Dónde fueron los monstruos execrands
que abortara el averno en noche oscura,
para manchar la gloria y hermosura
de la Iglesia radiante?

¿Y pudieron romper este diamante
que los golpes resiste del martille,
siempre acreciendo su fulgente brillo?

¿Qué fue de los audaces que juraron
escalar el sagrado Capitolio

y fijar en su cima el negro solio
que á la mentira y al error forjaron?

¿Qué de los Federicos y Volteres,
Helvecios y Alembes...,

que la Europa de escándalos cubrieron?

¡Ay! desaparecieron,
de crímenes horrendos precedidos,
y entre remordimientos y rugidos,
del abismo á los antros descendieron...

¿Y qué razones se alegan en contra de los regulares para justificar su ruina? Su desmesurada opulencia; el que son causa de la despoblacion de España (¡pues! como los moriscos); que la acumulacion de sus bienes es perjudicial á los pueblos; que esos bienes deben circular para el bien público y el pro-comun, á la sombra de una ley de amortizacion, etc.; esto es hablar *ad ephesios*. Todo implica el error mas impío y mas grosero que mina la base del edificio social. Es un miserable plagio de los enemigos de la Iglesia y de sus ministros.

Pero ¿dónde está la riqueza de la Iglesia, ó la de los monasterios? ¿Y qué ha quedado á la Iglesia despues de las incautaciones ó ventas de Godoy? Pobreza, orfandad, desamparo y vergonzosa miseria. Así lo han hecho ver al Congreso español en 1841 unos senadores tan ilustres como el Sr. Patriarca de las Indias. Y contestando y refutando sus crasos errores, así lo hizo ver el sabio Cardenal Inguanzo á Campomanes, á Guerra y Jovellanos en su libro de oro *Del dominio sagrado*.

Lo que se trató es de derrochar á todo trance los bienes eclesiásticos, comprando con ellos campeones de la libertad liberalesca, y matando á sus enemigos religioso-monárquicos, aunque sea regalándolos al que los quiera, como dijo el Sr. Ruiz Zorrilla, de triste memoria, cuando se trató de la venta de la Universidad de Alcalá, si mal no recordamos, por 400 rs. Lo que se trata es de renovar los escándalos de Inglaterra, Francia y Alemania, matando así la clase proletaria y la clase pobre, que en sus legítimos dueños hallaban un socorro seguro, y ahora solo hallan unos señores duros y sordos á sus tristes y fatídicos lamentos. El odio y la rapante ambicion de sus enemigos tambien soñaba en los montones de oro y riquezas de los Jesuitas y los templarios, que los empeñó en la total supresion de las Órdenes monásticas en España. Y solo encontraron polvo entre las manos, ó, lo que es igual, unos bienes que se tornan polvo para los sacrílegos compradores; bienes que son un fuego que abrasa y convierte en cenizas una riqueza tan mal y tan injustamente adquirida.

Las congregaciones religiosas viven con poco, y el sistema de sobriedad y de administracion es lo que multiplica sus recursos, porque no derrochan, como los grandes del siglo, sus bienes en los escesos del vicio, de la crápula, los festines y el juego. No conocen el lujo asiático, ni el orgulloso fausto, que es el síntoma mortal

de los imperios, que, una vez introducido, ya no queda honestidad, humanidad, justicia, ni virtud en ellos: causa, en fin, de todos los desórdenes sociales.

D. HEVIA.

VIRGINIA,

O ROMA EN TIEMPO DE NERON.

Novela escrita en francés por VILLEFRANCHE, y traducida por D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuacion) (1).

Grande fue el asombro de Cineas, que esperaba hallar á Vespasiano en el campamento de Emmaus, delante de Jerusalem, al encontrar solo un pequeño destacamento para conservar la posicion estratégica. Tampoco le halló en Cesárea, de donde acababa de partir el general en jefe para Alejandría de Egipto; pero allí le dieron la explicacion de todos aquellos viajes y de la momentánea suspension de la guerra. Neron habia muerto, y Galba en pos suyo; Oton reinaba, y acababa de enviar al suplicio á Tigellin y á otros delatores; pero, á pesar de tan saludable ejemplo, costábale, al parecer, harto trabajo consolidar su poder. Todas estas informaciones llegaron, por decirlo así, sin interrupcion, pues las noticias no se trasmitian entonces, como hoy, de un extremo á otro del mundo en algunas horas.

A Cineas, despues de haber esperado el decurion que le custodiaba largo tiempo en Cesárea nuevas órdenes para embarcarle, condújole otra vez ante Tito, hijo de Vespasiano. Tito le aseguró que nadie pensaba ya en el decreto lanzado contra él por Neron.

—Buena inspiracion ha sido la vuestra, le dijo, al no seguir la moda. Si vos mismo os hubiérais herido, aunque vuestros amigos hubieran averiguado despues que la muerte del tirano habia precedido á la vuestra, no por eso hubiérais resucitado. Por de pronto, tratase de libertar y de purificar á Roma. Si los dioses nos favorecen, volveréis á ella, y acordaos cuánto gusto tendrá en recibirlos el cuarto sucesor de Neron, el único hombre honrado de la corte del hijo de Agripina.

Tito aludia á nuevos cambios ocurridos ó próximos á verificarse despues de la caida de Galba. Tambien Oton habia perdido el Trono, reemplazándole Vitelio, hombre soberanamente despreciado y digno de serlo; pero en aquel momento las legiones de Judea, de Siria y de Egipto, despues de haber sufrido que nombrasen Emperadores las de España, del campamento pretoriano y de Germania, habíanse preguntado por qué no las imitarian, y habian proclamado á Vespasiano.

Este, ocupado en la guerra que tuvo que sostener en Italia, dejó durante un año respirar á los judíos, ó mas bien destruirse entre sí; pero en cuanto se aseguró en el Trono del universo, encargó á Tito que acabara con ellos.

No hay que olvidar que todos estos cambios se verificaron con asombrosa rapidez, pues ya hemos dicho que entre la muerte de Neron y el advenimiento de Vespasiano no trascurrió año y medio.

(1) Véase el número anterior; pág. 302.

Tito abrió las hostilidades con energía y prontitud, deseoso de ir á Roma á tomar su parte en las delicias del poder soberano. No escaseaban en su ejército los re- fuerzos ni los voluntarios; cada bajel que de Italia lle- gaba conducía multitud de jóvenes patricios, ansiosos de hacer sus primeras armas á la vista de su futuro se- ñor. Además de las tres legiones antiguas de Vespasia- no, recibió otras dos de Alejandría, y una de Siria (1), con veinte cohortes de tropas aliadas, ocho escuadrones y numerosos auxiliares enviados por los Reyes vecinos. No había visto aun el Asia ejército romano tan comple- to, sin exceptuar el de Corbulon, y nada ciertamente le sobraba para la empresa que iba á acometer.

Cineas, invitado por el nuevo general en jefe á acom- pañarle al sitio de Jerusalem, aceptó, no por cálculo ambicioso, como tantos otros, sino para no abandonar á Labeon, y sobre todo para buscar ocasiones de tener una entrevista con Isaac, cuyo patriótico fanatismo le había conmovido profundamente, y á quien tenía se- guridad de ver en los muros de la Ciudad Santa.

La naturaleza y el arte habían rivalizado en hacer de Jerusalem una de las plazas mas fuertes del mundo. Ocu- paba cuatro colinas: Sion, ó la Ciudad alta, al Mediodía; Bezeta al Norte, y Acra y Moriah en el centro, esta há- cia la parte oriental, y separada del Monte de las Olivas por el torrente Cedron, y aquella hácia Occidente, in- mediata al Gólgota ó Calvario.

Todas cuatro colinas estaban rodeadas de profundos barrancos, cortados á pico. La mano de los hombres había añadido, desde el centro hasta el Norte, único punto atacable, un triple circuito de murallas, de trecho en trecho coronadas por ciento setenta y cuatro torres de sesenta á noventa codos de elevacion cada una, segun las desigualdades del terreno, pero todas ellas con el coronamiento á un mismo nivel.

En el centro de la parte setentrional, entre Bezeta y Moriah, alzábase una fortaleza construida por el Rey Herodes, que la llamó *Antonia*, en honor de Marco An- tonio, su protector.

El templo estaba en el monte Moriah. Nadie ignora que no es posible formarse una idea de él comparándole con nuestras iglesias, ni aun con las mas vastas; mas que un templo, era un cuartel, ó, mejor dicho, una ciudade- la. Formaba un cuadrado de seis estadios de perímetro: en el centro se alzaba el templo propiamente dicho, ó tabernáculo, aislado por todas partes, y dividido inte- riormente en dos porciones iguales por un velo, que se- paraba el lugar santo del Santo de los santos. Alrededor, tanto para viviendas de los sacerdotes como para los usos del culto, se veían diferentes habitaciones, separadas unas de otras por patios ó *atrios*, el primero de los cua- les se llamaba el *atrio de los gentiles*, porque en él se admitía á todo el mundo. Por último, cerraban el cua- drado algunas líneas de magníficas galerías exteriores. Como el monte Moriah no era bastante ancho para so- portar todo aquello, habían tenido que levantar el suelo, y aquellas galerías estaban sostenidas en muchos puntos por terraplenes de trescientos codos de elevacion.

La poblacion de Jerusalem en tiempos ordinarios no llegaba probablemente á un millon de habitantes; pero

se triplicaba cada año en el momento de las fiestas de Pascua. De todos los puntos de Palestina, y aun del mundo, acudían á comer el cordero pascual y á celebrar la salida de Israel de Egipto. El año del sitio, que fue el segundo despues de la muerte de Neron, y el septuagé- simo del nacimiento de Jesucristo, la afluencia fue como siempre. Inmensas multitudes, que ignoraban el peligro, ó que le miraban con indiferencia, llenaron las estrechas calles de la ciudad, morando al aire libre en tiendas por- tátiles ó en abrigos provisionales, pensando regresar á sus casas al cabo de pocos dias.

De improviso en aquella muchedumbre de tal modo condensada corre el rumor de que se acercaban los ro- manos. Al principio no se atrevieron á salir, por temor de encontrarse al enemigo; bien pronto la salida fue im- posible, porque este cercaba la ciudad.

De esta manera fueron tres millones de judíos cogi- dos en el lazo que, si se nos permite la frase, les había tendido la justicia divina.

Viose á los soldados de Tito acercarse por el camino de Emmaus; estenderse en forma de media luna, con gran precision y sin clamores inútiles, casi sin ruido, delante de Bezeta, el único barrio de la ciudad que no estaba rodeado de precipicios, y ponerse, con un ardor, por decirlo así, tranquilo y regular, los unos á abrir un ancho foso, los otros á nivelar el terreno, otros á derri- bar los setos de los jardines y las casas de campo que no podían servirles de abrigo, y otros, por último, á cortar los árboles de las cercanías para construir máquinas de guerra. En menos de un dia quedó su campamento tra- zado, atrincherado y fuertemente establecido á cuatro- cientos ó quinientos pasos de la primera muralla. Una legion, la décima, se colocó además en el monte de las Olivas, mas allá del Cedron. En cuanto á los otros pun- tos de la ciudad hácia el Mediodía y el Occidente, Tito, despues de haberlos recorrido, los declaró completa- mente inespugnables, y se contentó con hacerlos vigilar por algunos destacamentos de observacion.

Si Jerusalem hubiese obedecido, como en otro tiem- po, á una voluntad única, habría podido desafiar el ge- nio del hijo de Vespasiano y el valor de los legionarios. Pero el órden y la autoridad habían desaparecido hacia mucho tiempo de su seno. En el furor de la insurrec- cion popular habían asesinado al gran sacerdote Anano, hijo de Anás, el colega de Caifás. La tan respetada di- gnidad de soberano Pontífice se había confiado á un rús- tico ignorante, y los otros empleos se habían tomado por asalto. Habían arrojado á los romanos, pero insta- lando en su lugar otro tirano mucho mas temible: la anarquía.

Jerusalem encerraba tres ejércitos rivales. Eleazar ocupaba el templo; Juan de Giscala la ciudad alta, y Si- mon, hijo de Gioras, la ciudad baja. Los tres caudillos luchaban entre sí con un ardor que, mejor empleado, hubiera asegurado la salvacion de Israel. La presencia de los romanos debiera, al parecer, haberlos reunido; pero, lejos de concertarse, ni aun se prestaban tácita ayuda unos á otros contra el enemigo comun, y cada cual aguardaba, para tomar parte en la defensa, á ser di- rectamente atacado.

El desórden y la imprevision llegaron hasta el extre- mo de quemar los almacenes y los graneros de la ciu-

(1) La legion tenía 6,000 hombres.

dad, para privar de su disfrute á las facciones rivales.

Tal era la ciudad donde Isaac se habia encerrado para vencer ó perecer con ella. Allí habia encontrado los primeros empleos ocupados por hombres á quienes despreciaba y aborrecia; un gran sacerdote que no era mas que un dócil instrumento en manos de los ambiciosos; las personas honradas llenas de temor, y el mismo templo manchado con venganzas privadas. El número de los asesinatos escedió en una semana, segun Josefo, de doce mil.

Isaac púsose, sin embargo, á trabajar con su valor acostumbrado. Su elocuencia, su reputacion de bravura adquirida en Jotapata, su innegable desinterés, parecian á veces que iban á producir efecto; pero otros eran los móviles que impulsaban á sus oyentes. Quiso aprovechar, haciendo acopio de provisiones, el año de descanso que á la ciudad dió Vespasiano; pero las sumas que en Roma y en otros puntos habia podido reunir, fueron en su mayor parte dilapidadas. Quiso enseñar á sus compatriotas el arte de servirse de las catapultas y de las otras máquinas que quedaron en sus manos despues de la derrota de Cestio; pero aquella educacion no tardó en cansarles; y tan mal servidas estaban las baterías que opusieron á las de Tito, que hubieron de abandonarse por inútiles. Intentó tambien disciplinar á la juventud é instruírla á la romana; pero no consiguió su objeto mas que con un reducido número de jóvenes. El único recurso que le quedaba era mantener vivo el entusiasmo religioso, que, á decir verdad, era grande; pero que, aunque muy bueno para la ejecucion de un golpe de mano, no bastaba para las empresas largas y laboriosas.

Ocurriósele alguna vez la idea de reemplazar á los tres jefes de las facciones; pero como hubiera sido necesario irlos suplantando á uno tras otro, porque no era posible la reunion de todo el pueblo en una deliberacion comun, se convenció de que no conseguiria mas que crear nuevos elementos de guerra civil, y, segun todas las apariencias, un cuarto partido, por lo cual renunció á su proyecto.

Nada de lo que veía era capaz de mantener su confianza, que aun no vacilaba. El primer dia que entró en la ciudad observó en su camino un rostro extraño: un ser flaco, escuálido, casi trasparente, parecido á los antiguos profetas, pero de aspecto feroz, de calva frente, de mirada fija, vaga y desolada. De su boca salia sin cesar un grito, siempre igual, proferido con voz lastimera, monotoná, y pudiera decirse mecánica, pero tan sonora, que parecia imposible que la produjera un ser tan débil. Dia y noche, á lo largo de las calles y en torno de las murallas, en las plazas públicas y en los atrios del templo, andaba sin cesar; y cuando daba la vuelta á toda la ciudad, volvía á empezar, lanzando á lo lejos estas terribles palabras, siempre en el mismo tono:

—¡Voz del Oriente, voz del Occidente!

¡Voz de los cuatro puntos del mundo!

¡Voz contra Jerusalem y contra el templo!

¡Voz contra los jóvenes esposos y las jóvenes esposas!

¡Voz contra todo el pueblo!

¡Desgraciada, desgraciada, desgraciada Jerusalem!

Ya habia oido Isaac hablar de aquel hombre, que era un aldeano llamado Jesus. Habíase presentado en la ciudad cuatro años antes de empezar la guerra, durante la

fiesta de los Tabernáculos, en una época en que todo el pais gozaba de tranquilidad y abundancia.

Isaac le cogió por el cuello y le hizo entrar en la casa de un sacerdote amigo suyo, á quien habló en estos términos:

—No hay duda de que es un idiota; pero hacen mal en dejarle vagar por las calles. ¿No hay medio de hacerle callar?

—Todos se han intentado, respondió el sacerdote.

—Mandad entonces que le impongan una buena correccion. El dolor físico doma á las fieras y á los idiotas.

—No á este, replicó el sacerdote. Cuando le golpean, no profiere ni un lamento, ni una queja; pero tampoco abandona su eterna lamentacion. Lleváronle un dia ante el gobernador romano, que le mandó desgarrar las carnes á latigazos hasta descubrirle los huesos. No suplicó, no derramó una lágrima; pero cada vez que el látigo caía, exclamaba: «¡Desgraciada, desgraciada Jerusalem!»

—¿De qué vive? preguntó Isaac.

—De bien poca cosa: no pide nada á nadie, porque no sabe decir mas que su importuno estribillo. Los muchachos que á pedradas le persiguen, los hombres que le amenazan, las mujeres que á veces le arrojan un pedazo de pan, no obtienen de él otra respuesta.

—¿Al menos se cansará alguna vez?

—Nunca, ni aun los dias de fiesta, en que redobla sus lamentos hasta perder la respiracion.

Isaac quedose pensativo. Pasado un instante, se colocó frente á frente del idiota, y reuniendo en una mirada toda la autoridad y toda la energía de su poderosa naturaleza, fijó resueltamente sus ojos en los del desdichado.

—¡En nombre de Dios vivo, dijo, yo te conjuro, alma estraviada...!

El idiota no bajó ni alzó los ojos; contentose con responder con su glacial serenidad:

—¡Voz del Oriente, voz del Occidente...!

—Basta, interrumpió Isaac poniéndole una mano en la boca. Amigo mio, continuó volviéndose al sacerdote: esto es suficiente para enervar á los mas decididos en un pueblo supersticioso como el nuestro. Es preciso que este hombre desaparezca. ¡Y, sin embargo, es cruel degollar á un inocente!

—¡Oh! dijo el sacerdote. El pueblo no se fija en él. A todo nos acostumbramos.

—No importa, busquemos un medio.

—Aquí hay una cueva bastante profunda y bien cerrada, dijo el sacerdote despues de reflexionar un momento.

—Bien, respondió Isaac: vamos á conducirle á ella, y despues... procurad olvidarle.

Empujaron al idiota, que no hizo la menor resistencia. Isaac cerró la puerta con cuidado, y pidió á su amigo permiso para llevarse las llaves. El idiota se acurrucó en un rincon, repitiendo su lamentacion acostumbrada.

—Grita, pensaba Isaac al alejarse; al menos no desanimarás á nadie.

Pero por la noche, al recorrer las murallas hácia el Occidente de Bezeta, procurando darse cuenta de su estado de defensa, oyó sobre su cabeza una voz vibrante,

que en seguida reconoció, y que resonó hasta lo mas íntimo de su corazón.

¡Voz del Oriente, voz del Occidente...!

¡Desgraciada, desgraciada, desgraciada Jerusalem!

Era el profeta vagabundo que se habia escapado no se sabe cómo. Vagaba por los techos de las casas, que, como se sabe, son planos en Oriente, y pueden servir para pasear. Los ecos de la árida montaña que de la otra parte de los muros se elevaba, repetian tristemente en las sombras:

¡Desgraciada Jerusalem!

Fijose maquinalmente la atencion de Isaac en aquella montaña, y reconoció en su perfil desnudo y desolado un lugar profundamente grabado en su memoria, un lugar que le recordaba escenas que habian formado época en su vida, y cuya imágen turbaba á veces sus sueños. Allí efectivamente, siendo aun muy jóven, treinta y seis años antes, habia mezclado su voz á las voces de la muchedumbre, y perseguido con sus imprecaciones á un hombre que subia penosamente la misma cuesta con una pesada cruz sobre los hombros.

Aquella montaña era el Calvario.

Tambien él habia gritado con otros mil: «¡Crucifícadle, crucifícadle! ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Isaac desechó violentamente aquel pensamiento, y dirigió su atencion hácia el punto opuesto de la ciudad.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Hagan Vds. el favor de coger el *Quijote*, y releer, porque supongo que todos lo habrán Vds. leído, el pasaje en que D. Quijote, asistiendo á la representacion de los juguetes de maese Pedro, salta al tablado, y, espada en mano, queda dueño del campo, y allí encontrarán ustedes la descripción de lo que ha pasado en las elecciones de la semana última, al tenor de las noticias que se han recibido dia por dia en los de esta.

Pero á seguida asistan, si pueden, á una representacion de magia negra ó blanca; recuerden, si eso no les es posible, las suertes de Macallister, Bosco y Mlle. Anguinet, y sabrán con eso á qué se ha reducido la política estos últimos ocho dias.

Por lo demas, en nuestra *Crónica* hallarán mayores esplicaciones sobre el particular, y sobre otros sucesos particulares; de modo que lo único que nos queda por decir es que estas semanas están preparando y trayendo la gran semana en que todas las cuentas se han de ajustar debidamente.

CRÓNICA GENERAL.

ESPAÑA.

Elecciones.—No nos equivocábamos en nuestra crónica precedente al suponer que serian elegidos unos

sesenta y cinco diputados carlistas. A ese número ascienden, poco mas ó menos, lo cual asombra mucho á los defensores del orden de cosas antiguo, lo propio que á los partidarios del régimen liberal. Uno de estos, que ha ocupado el poder en mas de una ocasion, decia recientemente á un amigo nuestro, aunque prohibiéndole que citase su nombre, con el fin de asegurar lo contrario, si le conviene, como le convendrá, en el Parlamento: «No puede negarse que tienen Vds. una fuerza sin igual en el país. Nunca, nunca lo hubiera creído. Si otorgara el gobierno un poco de libertad, y estuvieran los carlistas duchos en las lides parlamentarias, lograrían mayoría, sin género de duda.»

Muy grande ha sido la victoria material, y, por lo que hace á la moral, ha sido completa. Ha sido completa, porque no hay español que conserve memoria de otras elecciones en las cuales se haya ejercido una presion tan irritante y atroz como la que ha caracterizado las últimas. Lo hecho en los años 39, 40, 41 y 42 fue nada en comparacion de lo que ahora se ha hecho.

¿Quién es capaz, quién, de referir la serie de abusos cometidos y de crímenes perpetrados, que pueden compararse por su número, sin exagerar casi, con las estrellas del cielo y las arenas del mar? Absolutamente nadie. No el espacio propio de la presente *Crónica*, sino varios números enteros de la Revista, se necesitarían para enumerar sencillamente las falsedades, los engaños, las promesas, las amenazas, las coacciones, los atropellos, los escándalos, las barbaridades y los asesinatos que se registran en los periódicos de los últimos dias. En unas partes, por ejemplo, resulta que han votado en favor de los candidatos ministeriales mas electores de los que hay en los distritos. En otras, que al ir los carlistas al colegio electoral encontraron las escaleras ocupadas por los guardas de montes y otros agentes de la autoridad, con los fusiles preparados, y decididos á disparar contra el primero que se atreviese á ejercer su derecho. En otras, segun personas fidedignas, las autoridades dijeron á gentes de su calaña: «en el momento en que veais que los electores contrarios vayan á votar, apaleadlos sin compasion ni misericordia: os prometemos que los apaleados irán á la cárcel, y que vosotros quedareis completamente libres.» En otras se refiere que fueron reducidos á prision los que formaban las mesas carlistas, por lo cual fue imposible hacer el escrutinio. Allí se alteraron á última hora las secciones para desorientar á los enemigos de lo actual; allá no se permitió que depositasen su voto sino los ministeriales. En unas partes rompieron y quemaron las urnas: en otras se desplegó un gran aparato militar, con el fin de retraer á los adversarios. La ley otorga el derecho electoral solo á los mayores de veinticinco años; mas esto no ha impedido concederlo á millares de soldados jóvenes, siendo, por otra parte, acompañados á los colegios por sus jefes, como si se tratase de párvulos concurrentes á una escuela de instruccion primaria. A muchas localidades se hizo llegar la orden falsa de que abandonasen el campo enteramente á los amigos del actual *desgobierno*. En último término háse apaleado, herido ó muerto villanamente á los electores contrarios.

De buena gana borraríamos el párrafo anterior, por ser sumamente incompleto. Lo manifestado es nada en

comparacion de lo que añadir deberíamos para historiar lo sucedido. No hemos sobrecargado las tintas, ni eso es posible, porque un fondo enteramente negro no daría idea exacta de los escándalos y de las abominaciones á que nos referimos. Nuestro país ha sido teatro durante las elecciones de una lucha civil cien veces mas infame que la de los campos de batalla, porque no habia defensa posible para los adversarios del gobierno. Cuéntase que este habia dicho á los gobernadores que *á todo trance* debian sacar triunfantes sus candidatos.

Non ragionar di lor, ma guarda é passa.

La comedia repugnante no ha concluido todavía. Asistimos á la representacion del acto segundo, acaso mas indecoroso que el primero. A pesar de todo, los adversarios de la situacion habian conseguido reunir 150 diputados próximamente. Con tan formidable oposicion era imposible gobernar, y se procura disminuir dicho número, aumentando, por consecuencia, el de los ministeriales. Eso se hace con un descaro sin igual y con una osadía sin nombre. Muchos de los elegidos, segun la confesion misma de los periódicos adictos á lo actual, se quedan sin diputacion, como por arte de encantamiento. En uno de los distritos de Valencia, por ejemplo, luchaba el Sr. Aparisi con el Sr. Cervera, republicano, y con Ros y Escoto, progresista. Durante las elecciones se habló constantemente del primero y del segundo, que se iban venciendo sucesivamente; pero no se dijo una palabra del tercero, porque casi nadie se acordaba de votarlo... El Sr. Ros y Escoto será diputado. En caso semejante hállanse Nocedal (D. Ramon), Ternero, el conde de Cedillo, Liniers y muchos otros cuyo nombre no ha retenido nuestra frágil memoria.

Sin ser profetas, vamos á describir en pocas palabras el acto tercero de la comedia. A pesar de las coacciones de ayer y de los *escamoteos* de hoy, el gobierno no podrá seguir con la Cámara futura. No podrá seguir, porque, aun prescindiendo del empuje terrible, por no decir incontestable, de la oposicion, será esta engrosada por muchos diputados que han sufrido la ignominia de pasar por ministeriales á trueque de ser elegidos, así como por muchos de los que con cierta sinceridad defendieron ayer al gabinete, pero que hoy ya, y mañana con mas motivo, apartarán de él la vista con horror y el estómago con asco, valiéndonos de una enérgica frase del ilustre marques de Valdegamas.

El gobierno disolverá las Cortes, recurriendo... á la dictadura. No le parece bastante hacer reir á la España, y quiere acabar sus dias entre las carcajadas de Europa y del mundo entero. Sí: sabemos de buena tinta que, á trueque de seguir mandando, está decidido á plantear la dictadura, y aun á promover la guerra civil. La paradoja toca los confines de la demencia. ¿Qué títulos podrán invocar los desdichados ministros actuales para recurrir á una situacion de fuerza? Ninguno. ¿En qué podrán apoyarla? En nada. ¿Quién se mostrará dispuesto á verter en su defensa ni una gota de sangre? Nadie, sin escluir á los que ha llenado de condecoraciones, empleos, grados y dinero, á trueque de tener una sombra de partido.

Estamos, pues, próximos á una dictadura. ¿Qué rancho la ejercerá? No lo sabemos. Solo nos consta el

pretexto que se tomará, ó sean los carlistas, á cuyo fin hablan ya los periódicos ministeriales, y circulan en la Bolsa rumores de cercanos y aun inminentes levantamientos. El dia menos pensado saldrán al campo algunos *gloriosos* vestidos de carlistas.

Para estos ardidés y para hazañas semejantes *se pintan solos* los hombres del progreso. Son tan maliciosos como ignorantes: tan ruines como ramplones ó *cursis*. Proponemos á los lectores de nuestra Revista el siguiente problema: Averiguar á qué antro podrán retirarse no bien salgan del poder, donde se vean libres de la maldicion de las gentes, que alcanzará de seguro á los hijos de sus hijos.

No pasaremos á otro asunto sin aconsejar á quien tenga tiempo para formarla una estadística de los votos reunidos en las últimas elecciones contra cierta persona de cuyo nombre no queremos acordarnos. Compare cualquiera el número de los que han votado en su favor con el de los que han votado en contra, y hacer podrá deducciones muy significativas. *Intelligenti pauca.*

Olvidábamos decir que algunos ministros han sido derrotados en determinadas localidades. Lo han sido Márto y Ruiz Zorrilla, que continúa en el poder despues de su peroracion sobre los *puntos negros*, sin embargo de no haberse resuelto todavía el asunto famoso de los pinares de Balsain, y otros del mismo jaez.

Viaje de doña Maria Victoria.—Despues de tantas dilaciones y peripecias, ha pisado la señora de D. Amadeo el territorio español. La *Gaceta*, que absolutamente nunca faltó á la verdad, lo cual reconocen todos, ha referido y continúa refiriendo las demostraciones de afecto, de amor, de veneracion y de entusiasmo con que los españoles festejan á la hija política de Víctor Manuel. Desde que salió el mundo de la nada por un *fiat* de la divina omnipotencia, no habia logrado ningun descendiente de Adán la sublime apoteosis que ha conseguido dicha princesa feliz y afortunada. Sobre todo los ministeriales están enternecidos, y han quedado estupefactos. Están á la vez llenos de indignacion porque *La Correspondencia* no ha transcrito los partes telegráficos que refieren la solemne majestad de las ovaciones conseguidas por la de la Cisterna. Los adversarios de la situacion han recibido un golpe de muerte. Ignoramos cuándo llegará dicha señora á Madrid, porque todas las poblaciones por las cuales ha de pasar quieren á todo trance festejarla y recibirla en su seno, hallándose dispuestas á los mas extraordinarios esfuerzos y á los sacrificios mas grandes, para que los festejos se puedan grabar en mármoles y en bronces. El pueblo de Madrid no consentirá que le venza nadie, y, sin ser profetas, podemos predecir una esplosion de frenético entusiasmo.

Que nadie se maraville de las palabras antecedentes, ó pretenda encontrar en las mismas ni sombra de ironía. Sabemos cuál es la mision del historiador, y tratamos de no faltar á ella. ¿Cómo es posible ocultar lo que habrá pregonado el telégrafo por Europa entera? ¿Ni cómo es posible poner en duda las afirmaciones de la *Gaceta* oficial, únicas á que nos referimos?

El duque de Montpensier.—Declaramos, con todo, que no podemos hermanar las noticias anteriores con las referentes al matador de D. Enrique. Es positivo que al dirigirse á su destierro, ha recibido agasajos que

no podia esperar seguramente. Portento debido á la circunstancia de haberse colocado en una situacion hostil á lo actual. Serrano y consortes tienen, por lo visto, el privilegio de resucitar á los cadáveres contra los cuales se declaran.

Noticias varias.—Las proporciones que ha tomado esta crónica nos impiden alargarla; mas no pasaremos adelante sin dar la infausta noticia del fallecimiento, ó, mejor dicho, del tránsito del Illmo. Sr. D. José de la Cuesta, Obispo de Orense. El dolor que á nuestros lectores producirá, templarase con la de que D. Alfonso Peces, uno de los poquísimos sacerdotes que juraron la Constitucion vigente, se ha retractado del juramento; con la de que la Junta de la Asociacion de católicos de la parroquia de San José ha decidido construir una pequeña casa de Dios en el barrio de la Prosperidad, y con la de que contraresta tambien la propaganda protestante con un celo que será coronado por Dios. Añadiremos, como prueba de la libertad de imprenta que hoy se disfruta, que D. Roque Barcia, diputado de las Constituyentes, elegido ahora de nuevo, está en la cárcel con otros escritores adversarios del actual gobierno. Añadiremos tambien, para demostrar hasta qué punto respétase la independencia judicial, que D. Joaquin de Urbina ha dejado de ser fiscal togado del Consejo Supremo de la Guerra, sin duda por su dictámen sobre los procedimientos seguidos y las sentencias pronunciadas contra los carlistas en las provincias Vascongadas.

ESTRANJERO.

Síntomas diplomáticos en favor de Su Santidad.—Es imposible desconocer que cada dia corren vientos mas favorables al Padre comun de los fieles. Ignoramos si será cierta la noticia de que Austria, Francia, Bélgica y Baviera han dirigido al gobierno de Víctor Manuel una nota colectiva, donde declaran que Roma pertenece al Pontífice-Rey, y que los italianos deberán evacuarla cuanto antes. Dias atras habló de ella el periódico de Luis Veuillot, y ha llegado recientemente por otro buen conducto. Lo que á continuacion añadiremos persuadirá de que los católicos podemos concebir las mas risueñas esperanzas.

Carta de M. Thiers.—Sabido es que M. Favre dirigió una carta recientemente á Su Santidad dándole gracias, en nombre de Francia, por haber sido el único soberano que recomendó al Rey Guillermo que no abusase de la victoria. Pues bien: M. Thiers, jefe hoy del gobierno francés, ha seguido ejemplo tan noble, lo cual no sorprenderá de seguro á los que recuerden sus declaraciones en favor del poder temporal de la Santa Sede.

M. Cochin.—Como si esto no fuese bastante, M. Cochin, conocido por sus sanas ideas, ha sido nombrado representante de Francia en Roma. La nobleza de la metrópoli del cristianismo, que se ha complacido en despreciar al príncipe Humberto, se dispone á recibir magníficamente al nuevo embajador, para poner mas de realce su decision por la justicia hollada y el derecho escarnecido.

El conde de Tauffkirchen.—Por lo que hace á Prusia, nos complacemos en recordar que ha hecho salir de la capital del mundo católico al diplomático Arnim, cuyas relaciones con el hijo de Víctor Manuel y con la princesa Margarita producian un verdadero escándalo, reemplazándole con el ministro plenipotenciario del Rey de Baviera, representante hoy ademas en Roma de la Confederacion germánica. El conde de Tauffkirchen, á que nos referimos, se distingue por sus ideas antirevolucionarias.

Mensaje de los cincuenta y seis diputados católicos de Prusia.—Es ya conocido este documento elevado al Emperador Guillermo. El mejor comentario que podemos hacer es su simple insercion. Es breve, y no aumentará mucho, por tanto, nuestra crónica:

«Serenísimo, potentísimo Emperador y Rey: Los infrascritos, miembros de la Cámara de diputados en Prusia, se acercan con fiel sumision á V. M. imperial y real para llamar su soberana atencion sobre el doloroso estado del Padre Santo y de toda la Iglesia católica. Nosotros hemos visto que los gloriosos hechos de los ejércitos alemanes aliados contra las agresiones francesas han sido utilizados, con desprecio de todo derecho, por una nacion extranjera, para hacer á los católicos la mas intolerable violencia y el mas doloroso ultraje. Roma, NUESTRA ROMA, el último resto de los Estados de la Iglesia, está invadida, el Papa despojado de su temporal dominio, y destruida la mas antigua de las potestades legítimas.

«Nosotros recordamos con gratitud las sublimes palabras con las cuales V. M., en la apertura de la Dieta de la monarquía en 15 de noviembre de 1867, prometia solemnemente que su soberano cuidado se dirigia á asegurar los derechos de los católicos de Prusia, con la dignidad é independencia del Jefe supremo de su Iglesia. ¡Señor! Para el Pontificado no hay mas independencia que la soberanía, y solamente en ella está asegurada plenamente su dignidad. Un Papa destronado es siempre un Papa desterrado ó prisionero.

«En este caso ocurriria lo que no puede ser indiferente á ninguna potencia: la libertad de conciencia de los católicos, que descansa en la libertad del Papa, quedaria esclava, y con la herida mortal causada á sus derechos, toda autoridad seria atacada en su base. La naturaleza de las cosas y el testimonio de todos los sabios lo enseñan, la historia lo afirma, y sobre todo, á pesar de las promesas, lo ocurrido en los últimos meses.

«Con los sentimientos, con la persuasion y con el deseo de los católicos prusianos que nos han elegido, nosotros tenemos conciencia de que espresamos los de todos los católicos de Alemania, los cuales honran en V. M. á su protector. Plazca á V. M. que uno de los primeros actos de la sabiduría y justicia imperial sea la reintegracion de sus derechos y de su libertad. Que el nuevo dia de la paz traiga la reconstitucion del dominio temporal de la Santa Sede, á la que ya una vez contribuyó con gran preponderancia vuestro difunto progenitor, de gloriosa memoria, Federico Guillermo III en el Congreso de Viena.

«La gratitud del mundo católico y de todos los amigos del orden seguirá á la franca proclamacion de este principio.

«Con profundo respeto, etc.—(Siguen las firmas.)»
Confiamos que no despreciará este mensaje Guillermo, á quien se atribuyen estas ó parecidas frases, pronunciadas recientemente:

«Dejad que acabe primero mis tareas en Francia: despues me ocuparé de la cuestion de Roma.»

Los católicos de Austria y el Papa.—Pues la ocasion se brinda oportuna, cúmplenos añadir que Su Santidad ha recibido recientemente á una comision de católicos ilustres pertenecientes á varias comarcas del imperio austriaco, compuesta de cuarenta y tres personas, entre las cuales estaban el baron Brennes, consejero íntimo del Emperador, que estipuló la paz de Praga, y el príncipe Egon de Hohenlohe. El Padre Santo los recibió en el salon del Trono, hallándose rodeado de los Emmos. Cardenales Barnabó, De Angelis y Bizzarri, como tambien de muchos Prelados. El presidente leyó en francés un bellissimo mensaje, donde resplandecen los sentimientos profundamente católicos del imperio austriaco. Duélenos mucho no poderlos transcribir.

Hé aquí la preciosa respuesta del mejor de los Reyes y del mas amado de los Pontífices:

«En medio de la impiedad y de las tristezas de nuestro tiempo, en que todo es derribado, este sentimiento

de afecto y de piedad que se manifiesta en todas las partes de la Iglesia católica es para mí un gran consuelo, y me da también fuerza para sostener la guerra que se hace á nuestra Religión, á la Sede del Vicario de Cristo, por malicia ó por ceguedad.

»Hemos visto caer un trono, y vemos vacilar otro mas vecino. La tempestad crecerá mucho, pero retrocederá. No sé el tiempo, ni la hora; pero vendrá ciertamente un día en que el Señor mandará á las tumultuosas olas que se detengan, y dirá: *Usque huc, et non ultra; hic confringes tumentes fluctus tuos*. Yo sé además que el Señor suele servirse de los hombres para sus obras. El orden renacerá, pero cuando los que están sentados sobre los Tronos hayan comprendido que con la excesiva libertad de la prensa y con la licencia desenfrenada de estos últimos tiempos es imposible que estos Tronos no vacilen, y que esta manera de dejarse arrastrar por la revolución no les sea fatal. *Erudimini qui iudicatis terram*.

»Yo sé que vuestro Emperador, con todo su corazón, quisiera el triunfo de la Religión y de la Iglesia; con muchos actos ha demostrado durante mi Pontificado que era digno descendiente de la familia que tan á menudo ha protegido los derechos de la Santa Sede.

»Al volver á vuestros hogares decidle que el Papa le ama, que ora por él y por la familia imperial, y que espera ver traducirse en actos los sentimientos que tiene en su corazón.

»Yo bendigo á Austria, á vosotros todos y á vuestras familias, á los católicos que os han enviado, y á todos los del imperio. Ruego á Dios que esta bendición os acompañe en el viaje, os siga en la vida, y os aliente en la hora de muerte para que podáis gozar de la gloria del Señor.»

La comisión entregó al Papa la suma considerable de 250,000 florines.

El canónigo de Praga presentó á Pio IX el homenaje del Emperador Fernando y de la Emperatriz María Ana, como también el del Cardenal Arzobispo de Viena. No podemos referir otros detalles sumamente consoladores.

Reacción benéfica en Austria.—Abrimos aquí un leve paréntesis para manifestar que, según todas las probabilidades, Austria prescindirá pronto de la política hostil á la Iglesia, tan deplorada por nosotros. Su Santidad no hubiese hablado del Emperador como lo ha hecho á no tener seguridades de que se propone ser, en efecto, «digno descendiente de la familia que tan á menudo ha protegido los derechos de la Santa Sede.» Asegúrase además que la mencionada comisión se puso de acuerdo, antes de partir, con el ministro del Interior, presidente del gobierno de Viena. No se olvide tampoco lo dicho sobre la nota colectiva, y recuérdense, por último, los sentimientos profundamente católicos manifestados por los que gobiernan Estados del imperio. El astro del protestante Beust camina rápidamente á su ocaso.

También las señoras de Viena han dirigido al Papa un mensaje, condenando la invasión abominable de Roma. Entre las firmantes figuran las esposas de algunos recientes ministros de Austria, que se han distinguido por su política anticatólica.

Más noticias de Roma.—Referir, por lo demás, las demostraciones de afecto que recibe todos los días el venerable prisionero del Vaticano, es imposible verdaderamente. Hermoso contraste hacen con el vacío que se forma alrededor de los príncipes saboyanos. Endulzan también grandemente las amarguras que producen al Pontífice-Rey las profanaciones cometidas por algunos católicos, á los cuales dan lecciones de tolerancia y de respeto los protestantes de Inglaterra, los mahometanos de Turquía y los salvajes de América. Recientemente han sido apaleados, al salir del magnífico templo del *Gesu*, algunos católicos, por el delito de orar en la casa de Dios, habiéndose preso al hijo de un príncipe romano, y á otros, que pertenecerían probablemente al número de los agraviados. No se nos pida, por lo demás, la rela-

ción de dichas abominaciones, porque no queremos manchar nuestro escrito con podre revolucionaria.

A las iglesias de Roma acude cada día una muchedumbre mayor.

Los liberales han tratado de que la célebre Academia Tiberina cambiase su denominación de *Pontificia* por la de *Regia*. No lo han conseguido. A propósito de lo cual, para convencer de que los Papas son enemigos de la civilización, debemos añadir que Pio IX acaba de fundar otra Academia científica.

Una de las audiencias más notables ha sido la concedida por el gran Pontífice á muchos norte-americanos no católicos. La época del gran triunfo para la Iglesia se avecina: dentro de poco toda la faz de la tierra quedará renovada y rejuvenecida.

Miedo de los revolucionarios de Italia.—No solo lo tienen, sino que, contra la costumbre general, lo manifiestan. No son pocos los que ya defienden la conveniencia de trasladar á Nápoles la capital del efímero reino, amasado con multitud de infamias y de crímenes.

El día 9 continuó en el Parlamento de Florencia la discusión sobre las garantías. Un diputado combatió el art. 15, diciendo «que concedía demasiado poder al Papa.» El médico Lanza, presidente del Consejo, dijo: «Conviene recordar las declaraciones del ministerio, el cual manifestó que antes de ir á Roma quiere asegurar la libertad y la independencia del Padre Santo.» *Si lo olvidamos, no faltará quien nos lo recuerde*. Aludió indudablemente á diversos Estados de Europa.

—¿Quién? preguntó uno de los honorables.

El Sr. Lanza salió del atolladero contestando: «La opinión pública.» Se ha hecho además una interpelación al ministro de Negocios extranjeros sobre la actitud de algunas potencias. Las relaciones, por otra parte, de Italia con Prusia, son cada vez más tibias, sobre todo desde que Bismark ha sabido que los gobernantes de Florencia firmaron un tratado secreto con Napoleón III al principio de la guerra última, del cual se desentendieron (para volver á representar el papel de amigos de los prusianos) no bien observaron que la suerte de las armas se decidió por estos. ¡Qué nobleza de sentimientos! ¡Qué decoro! ¡Qué dignidad!

Fortificaciones en Italia.—Los defensores de Víctor Manuel son hombres prevenidos. No quieren mojar la pólvora, conformándose con el consejo de uno de los jefes de su milicia, diputado, por añadidura, del Parlamento. Han decidido fortificar Bolonia, Civita-Vecchia y otras poblaciones de los Estados Pontificios, con lo cual podrán resistir el empuje del mundo entero, si trata de arrebatárselas la presa.

¡Bien por los hermanos de armas de Lissa y de Custoza! Han solicitado un crédito supletorio de 150,000,000 de francos para las obras. No hay cuidado de que se quede un centímo en el bolsillo de los magnos regeneradores de Italia. Por lo demás, podrá suceder muy bien que devuelvan á los Pontífices algunas de sus ciudades, después de fortificarlas y proveerlas, para que puedan en adelante detener el paso de los nuevos Atilas que arrojan á la tierra el infierno.

Escusamos añadir que los revolucionarios de Italia continúan persiguiendo á la Iglesia de Dios. Recientemente se han apoderado de magníficos conventos de Roma, lo cual no impide que traten seriamente de publicar una ley contra los ladrones. ¡Cuán cierto es que Satanás se burla implacablemente de los que le sirven!

Próxima entronización de Enrique V.—No la consideramos segura, pero sí sumamente probable. A las noticias que ya conocen nuestros lectores, podemos agregar las dadas por *El Pensamiento Español* en una correspondencia que se atribuye á su Director D. Francisco Navarro Villoslada. Según ella, la fusión entre los príncipes de la Casa de Orleans y el Conde de Chambord está moralmente hecha; el conde de Paris ha reconocido la supremacía de D. Enrique en la casa ó familia real de

Francia, y tanto los legitimistas como los orleanistas están convencidos de que la única manera de que la desgraciada nación francesa se reponga de su desolación es que haya orden, y que no puede haber gobierno de orden sin monarquía, ni verdadera monarquía si no está fundada en el derecho tradicional.» Hace varias consideraciones y pone de realce las ventajas que conseguirá el duque de Madrid si su tío asciende al Trono de San Luis.

Discurso de Thiers.—El célebre ministro de Luis Felipe ha pronunciado un discurso muy hábil para convencer á la Cámara de que debía trasladarse de Burdeos á Versailles, y no á Paris. No podemos transcribirlo. No se halla en él la menor cosa que destruya las graves aseveraciones del Director de *El Pensamiento Español*. Es verdad que M. Thiers ha tratado solo de unir las voluntades discordes de la Asamblea, y ha prometido que su gobierno pensará solo en reorganizar el país, dejándose para después la tarea de su reconstitución.

Protesta de Napoleon III.—Acaso no debíamos mencionarla. La historia registrará pocos documentos tan insustanciales, por no decir ridículos. El gigante (nunca lo fue para nosotros) preséntase á los ojos de la Europa cual un pigmeo indigno de consideración. El Emperador ha creído deber protestar contra las declaraciones de la Cámara que le inhabilitan para volver á manejar el timón de Francia, como también á los demás príncipes de su familia. La protesta se reduce á unas cuantas líneas tomadas de una obra de derecho revolucionario, y á unas cuantas afirmaciones falsas referentes á la guerra. Napoleon sostiene que se vió arrastrado á la lucha por el país en masa. ¿Quién duda que antes desvió él á la mayor parte de los enemigos de Prusia?

Conferencias.—Pronto comenzarán en Bruselas las negociaciones para la paz definitiva. Hay quien supone que se debatirá también la cuestión de Roma. Nadie duda que, si se plantea, Víctor Manuel habrá de salir en breve de la capital del mundo católico.

Evacuación de Paris por los prusianos.—El día 3 salieron de la Babilonia moderna, donde siguen las abominaciones de costumbre. No ha bastado el hierro para poner fin á la corrupción de los hijos de la civilización moderna, condenada por Su Santidad; Dios habrá de recurrir al fuego exterminador.

Diminución del ejército.—La legión de los Vosgos ha sido disuelta. El ejército además contará en adelante con 150 ó 200,000 hombres menos de los que hoy tiene.

No proseguiremos sin decir que Orense ha dirigido al *maire* de Burdeos una carta escitándole á que no se disuelva la legión española, que nada casi ha hecho en la guerra última. Se añade que Olózaga trata de su disolución, temeroso de que, aumentándose poco á poco, pudiera constituir mañana un peligro para la gloriosa revolución de setiembre.

Carta del Arzobispo de Paris.—El Sr. Arzobispo de Paris ha enviado una comunicación á Su Santidad, en la cual se adhiere á todas las disposiciones del Concilio del Vaticano. Solo los Prelados de Marsella y de Orleans no han hecho todavía lo mismo. Héféle, según aseguran, es el único Prelado alemán que no ha enviado su adhesión ilimitada.

Rumor en Paris.—En la capital de Francia corrió días atrás el de que el Czar había sido asesinado, como también el de que 600,000 rusos se dirigían rápidamente á Constantinopla.

Los legitimistas portugueses.—El excelente periódico *A Nação* de Lisboa continúa publicando multitud de adhesiones á la protesta que algunos de nuestros amigos de la nación lusitana publicaron contra el *acto de piratería* (palabras literales) de Víctor Manuel.

En Portugal, como en las demás naciones, la reacción en favor de la buena causa es notoria, visible, palpable. Los defensores de la monarquía legítima de aquel país contribuirán mucho, en el día próximo de la regeneración, á levantar sobre las ruinas de la Babilonia degenerada, construida por la secta liberal, la radiante Jerusalén de los campeones de la civilización católica. Nosotros no podremos olvidar nunca los esfuerzos nobilísimos que hacen en favor de D. Carlos. De paso añadiremos que la Duquesa de Parma, cuñada de este, ha dado á luz felizmente un niño. Conviértale Dios en adalid del catolicismo.

Manifestaciones en Bélgica.—Continúan en Bélgica las manifestaciones en favor del Padre Santo. Mañana 19 se verificará en Lovaina la tercera peregrinación nacional para pedir al Señor que devuelva á Pio IX los Estados de que le han desposeído: asistirán á ella más de 50,000 católicos.

El Bien Público anuncia otra al santuario de Nuestra Señora de Lede, para la cual se disponen trenes especiales, por la persuasión de que no bastarán los ordinarios.

Un diputado belga, francmasón y libre-pensador, ha propuesto que se lleve ante los tribunales á los católicos que se atreven á rogar públicamente por el Papa. Este fanático ha empleado en balde su elocuencia: el ministro le ha contestado en la Cámara que los católicos no tenían que dar cuenta á nadie de las manifestaciones que les inspiran su fe y su adhesión á Roma.

AMÉRICA Y FILIPINAS.

Buenos-Aires.—Desgraciadamente para los habitantes de aquella república, se ha desarrollado allí la fiebre amarilla. Ha causado por ahora pocos estragos.

Estados Unidos.—Un *meeting* de católicos reunidos en Calvaria acordó recientemente dirigir un mensaje al Papa, del cual tomamos estas líneas:

«Nosotros maldecimos y detestamos los atentados cometidos contra Vuestra Santidad y contra el Patrimonio de San Pedro. Declaramos que son el crimen y la vergüenza de nuestro siglo; y para no ser en lo más mínimo cómplices de sus autores, protestamos contra el cobarde y villano despojo de nuestra Madre la santa Iglesia.

»Reprobamos también la tímida y floja conducta de otros católicos, y sobre todo de los príncipes que al hacerse cómplices de esta perfidia han privado á los pueblos sometidos á su gobierno del derecho y de la libertad de relacionarse directamente y sin obstáculos con el Padre y maestro de todos los fieles.»

Puerto-Rico.—La única noticia que podemos dar en la presente crónica, es que, gracias á Baldrich, han triunfado allí en las últimas elecciones los candidatos reformistas, ó, mejor dicho, separatistas. Los revolucionarios no se contentan con maltratar á su Religión y á su príncipe, sino que clavan además sin piedad el puñal en el pecho de la madre patria. ¡Baldon eterno para su nombre!

Filipinas.—De una carta que tenemos á la vista, que nos ha dirigido un respetable sacerdote de Angeles (islas Filipinas), tomamos el siguiente párrafo: «Aquí, como en todo el mundo, ha causado dolorosísima impresión lo acaecido en Roma. Estas gentes sencillas preguntan con mucha candidez é ingenuidad *si ese Rey que se ha apoderado de Roma es cristiano*, porque solo juzgan capaces de tal hazaña á los moros.

VARIEDADES.

Para qué sirven los pobres.

I.

En cierta comarca, cuyo nombre no hace al caso, se observaba el singular fenómeno de no existir entre sus numerosos habitantes ni un solo pordiosero.

—¡Dichoso país! exclamarán sin duda alguna nuestros lectores.

¡Dichoso país! Antes de repetir tan lisonjera exclamación, hágannos el obsequio de acompañarnos al referido pueblo.

Los habitantes de tan original comarca ganaban todos idéntico salario, y este les era pagado en los mismos días. Todos tenían la misma porción de terreno, y habitaciones completamente iguales. Estas y aquellos eran cuadrados para mayor uniformidad, y se hallaban separados por medio de empalizadas que, sustituyendo á las rústicas cercas de maleza tan comunes en los pueblos, ahuyentaba á los pájaros, logrando de esta manera que no anidasen en la propiedad de ninguno de aquellos admiradores de la perfecta igualdad.

Los hombres habían formalmente convenido en usar trajes iguales, y, merced á este unánime acuerdo, se había también logrado uniformar el de las mujeres.

El municipio, en su afán de conservar también la mayor igualdad entre sus administrados, había sustituido al sistema de distinguir unos de otros por sus respectivos apellidos, el de numerarlos. Los números pares correspondían al bello sexo, y los impares á sus adoradores; así es que, al pactarse un casamiento, se anunciaba civilmente con una fórmula parecida á la siguiente: «El núm. 43 se casa con el núm. 38.»

En aquella sociedad tan singular no hay para qué advertir que el amor, en su verdadera acepción, lo mismo que todos los sentimientos hijos de la poesía, eran completamente desconocidos. En una palabra: era tal la igualdad que reinaba entre aquella gente, que todos comían en los mismos platos los mismos manjares á iguales horas, y todos se acostaban y dejaban el lecho á un mismo tiempo, para lo cual la municipalidad lo anunciaba todo á son de tambor, único instrumento que se conocía en aquella comarca, cuyos moradores hemos olvidado indicar habían creído oportuno no tener iglesia.

II.

No puede negarse que, hasta cierto punto, la sociedad que nos ocupa era feliz, *administrativamente* considerada; pero... continuemos.

Los niños, desde su más tierna edad, vivían separados de sus padres, por exigirlo así las leyes de la tranquilidad doméstica. La familia, por consiguiente, no existía más que en forma. Las madres no echaban de menos á sus hijos; nadie se cuidaba de los enfermos, y al que se moría lo enterraban, y paren Vds. de contar. Pero, eso sí, todo el mundo, al darse cuenta de su personalidad, pregonaba sus derechos de ciudadano; nadie se acordaba de que pudieran existir deberes. Como esta especial organización no daba lugar á que ninguno

podiera ayudarse en las mil circunstancias críticas por que pasan los hombres en la vida común, empezaron por aislarse, y acabaron por no verse. La igualdad produjo el egoísmo, y el egoísmo engendró el odio.

No faltándoles el pan cotidiano, para nada se acordaban del Dios de la caridad, y en sus corazones no existía un solo sentimiento humanitario. De aquí el que ignorasen hasta el nombre de las virtudes que son la base de toda sociedad; de aquí, repetimos, el que nadie pudiera darse cuenta del fin para que habían sido creados.

Por otra parte, como no habían podido suprimirse por ningún decreto municipal las pasiones terrenales que dominaban á aquellos seres que desconocían por completo la idea de la Divinidad, la licencia se entronizó en sus hogares, y la deshonra, con sus funestas consecuencias, dividió á todas las familias; y despertando el odio no tardaron en apelar á los medios más violentos y salvajes.

III.

En los momentos de mayor efervescencia, cuando las calles del pueblo que nos viene ocupando se veían ensangrentadas diariamente, quiso la Providencia que un cristiano penetrase en aquel emponzoñado recinto. Su presencia escitó desde luego la curiosidad de aquellos seres, para quienes eran desconocidos desde hacía mucho tiempo los hijos de la fe.

El cristiano, después de contemplar horrorizado el espectáculo que ofrecía aquella rica comarca, víctima de las desenfrenadas pasiones de sus moradores, conolido de tan supremas desgracias, elevó al Dios de bondad sus preces para que le inspirase el medio de repararlas.

Terminada su ferviente súplica, y bajo la inspiración divina, escribió á uno de sus mejores amigos, que residía en una población poco distante de la infeliz comarca, estas elocuentes palabras: «Haz que inmediatamente parta á esta una familia pobre, la más pobre que conozcas. Su porvenir corre de mi cuenta.»

Pocos días después la indicada familia entraba en el pueblo cubierta de harapos; el amigo del cristiano, cumpliendo sus deseos, la había elegido entre las más infelices de la ciudad. En ella figuraban débiles ancianos, niños desnudos, mujeres enfermas; en una palabra: aquella familia representaba la pobreza en su mayor grado.

Al recibirlos, el bondadoso cristiano exclamó lleno de alegría:

—¡Bien venidos seáis! Con vuestra presencia podré salvar á este desgraciado pueblo.

IV.

Al día siguiente, cuando la comarca despertó, de puerta en puerta fueron implorando la caridad pública los pobres recién llegados. Pero fue tal la indignación de todo el mundo, que, impulsado por el más despreciable egoísmo, el pueblo en masa protestó contra los infelices pordioseros, y después de llenarlos de improperios, los arrojó de la comarca á viva fuerza. Sin embargo, el cristiano, firme en su propósito, no desmayó por esto, é infundiéndole ánimo á la desgraciada familia en quien cifraba toda su esperanza, hizo que un día y otro día volvieran á la aldea, por más que esta los desviase. Al fin

el pueblo se cansó de maltratarlos antes que los mendigos desfalleciesen, y el magnánimo cristiano que les proporcionaba toda clase de recursos, no tardó en ver coronados sus esfuerzos.

Llegó, por fin, el día de la salvación para aquel pueblo descarriado. Una niña de la aldea, habiendo hallado desmayada en la calle á una pobre mujer, á impulsos del sentimiento de la caridad que hasta entonces no había experimentado, se inclinó solícita hácia la desventurada, y cariñosamente le preguntó:

—¿Qué teneis?

La pobre mujer, haciendo un supremo esfuerzo, con voz débil contestó:

—Tengo hambre.

—¿Hambre? Pues aquí teneis mi almuerzo, repuso la niña conmovida.

Esta fue la primer obra de caridad llevada á cabo en aquel país sin Dios, sin religion: esta fue también la primera vez que la igualdad dejó realmente de existir, y con ella el egoismo, el aislamiento y el odio.

La espontánea y meritoria acción de aquella niña angelical alcanzaba el perdón de millares de almas.

V.

La niña, al volver á su casa pensando en la pobre que acababa de socorrer, se decia con tristeza:

—¡Si algun día mi madre se viese pobre también...! ¡Ah! Hoy la quiero más que nunca.

Y al verse á su lado, después de referirle el suceso, la colmó de caricias, repitiéndole una y mil veces:

—¡No, madre mía; no quiero que te quedes pobre!

Aquella madre, sin embargo, en los primeros momentos no pudo comprender toda la intensidad de la alegría que había inspirado en el corazón de su hija su noble y meritoria acción.

«¿Por qué, se preguntaba la buena mujer, esa infeliz á quien mi hija ha socorrido carece de todo, cuando á mí nada me falta? ¡Ah qué bueno ha sido Dios conmigo!»

Sin pensar había nombrado al que todo lo puede, y su salvación estaba próxima.

«Pero si Dios ha sido tan bondadoso conmigo, prosiguió después de haber murmurado algunas oraciones, mi corazón, mi razón misma, ¿no me dictan que del bien que he recibido deban gozar en parte los que de todo carecen? ¡Hija mía, hija mía! vamos á ver á esa pobre á quien has socorrido; llevémosla lo mejor que tengamos, que yo también quiero participar de tu alegría, ofreciéndole mi apoyo.»

Aquella venturosa madre había empezado á gozar la inefable dicha que proporciona la caridad, que es la esencia de la paz y la alegría del espíritu; aquella venturosa madre, repetimos, comprendía en aquellos felices momentos que acababa de restablecer en su país el gran movimiento universal que origina la caridad, y en el que se manifiesta la justicia divina inclinándose siempre hácia las miserias del hombre, para que este á su vez se incline hácia las de sus semejantes.

Madre é hija corrieron, pues, á ofrecer su auxilio á la pobre necesitada, que en aquel momento distribuía gozosa el almuerzo de su bienhechora entre seis infelices criaturas. Ante aquel consolador espectáculo, las dos lloraron de alegría.

—¡Buena mujer, exclamó la madre: levantaos, y venid á mi casa; soy viuda, y partiré con vos y vuestros hijos mi fortuna!

Y tomando en sus brazos al más pequeño y de la mano su hija á otra de las pobres criaturas, se dirigieron á su casa, seguida de la desdichada madre, que en medio de sus sollozos no cesaba de bendecir á su bienhechora.

VI.

Al entrar en su morada la caritativa viuda, suplicó á sus vecinas le ayudasen á llevar á cabo su laudable propósito; y como el corazón de las mujeres es naturalmente compasivo, aunque en el primer momento vacilaron, al fin accedieron gustosas. Con tan plausible motivo, los antiguos rencores se olvidaron; tuvo lugar la más espontánea y sincera reconciliación, y el trato volvió á reunir á las que hasta entonces habían vivido completamente aisladas.

Muchas de las amigas de la caritativa viuda tardaron poco en disputarse el honor de ofrecer sus servicios á la familia indigente, y hubo hasta quien se manifestó envidiosa de que solo á aquella le cupiese la satisfacción de tenerla en su casa. Esta laudable envidia, si así puede llamarse aquel noble deseo hijo de la caridad, se hizo casi general, y la bondadosa viuda, para satisfacer á sus imitadores, concibió el benéfico proyecto de transformar su casa en hospicio.

Esta idea no tuvo en un principio toda la aceptación que se prometió al concebirla la bondadosa viuda, pues no faltó quien le preguntase la manera como pensaba sufragar los gastos que el nuevo establecimiento iba á ocasionarle.

—¡Todos correrán de mi cuenta! fue la contestación de su fundadora.

—¿Y cómo vais á conseguirlo, si vuestras rentas no esceden á las de los demás?

A este argumento, hijo de los pocos que en el pueblo conservaban aun reminiscencias de su pasado egoísmo, la desinteresada viuda repuso sencillamente:

—Pediré limosna al lado del pobre que he socorrido, y vuestra caridad me proporcionará los recursos necesarios para sostener *mi* hospicio.

Esta manifestación halló eco en el alma generosa de algunas jóvenes, que desde luego se asociaron á la virtuosa viuda, resueltas también á implorar la caridad pública para el logro de tan benéfica institución.

—Pero ¿pensais bien, señoras, interrumpió el buen cristiano, el regenerador de aquella sociedad, que escuchaba la conversación; pensais bien en lo que tratais de fundar?

A juzgar por vuestras aspiraciones, más que un hospicio, vais á fundar un convento, una comunidad.

Estas últimas palabras llenaron de sorpresa al auditorio, que no comprendía su verdadero significado; pero la fundadora del hospicio, adivinando toda la importancia religiosa que tales asociaciones podían tener en la comarca, rompió el silencio, diciendo:

—Pues tendremos hospicio y convento.

—No me opongo, repuso el hijo de la fe; pero, no habiendo ninguna iglesia en el pueblo...

—Tambien la habrá, interrumpió la virtuosa viuda; pues nada mas justo que al Dios que nos inspira tan grandes pensamientos consagremos un asilo en donde podamos alabarle.

VII.

La aldea, pues, tuvo una iglesia, un hospicio y un convento.

Sus habitantes, convertidos á la fe por medio de la caridad, adoraron á Dios, á los Santos, y se amaron como hermanos.

Sus familias fueron numerosas, sus matrimonios fruto del amor mas puro, y su concordia admirable.

La inteligencia de la nueva generacion se desarrolló en la esfera de las inmutables verdades del cristianismo, y, alimentando en su corazon los sentimientos del amor divino, fueron dignos hijos del Dios de misericordia que, perdonando sus pasados errores, les colmó de bendiciones.

Finalmente: la comarca á que nos referimos, comprendiendo el origen de su felicidad, procuró ser siempre refugio de pobres y affigidos, para demostrarles con su caridad la gratitud que debian al cielo por la fe que en sus habitantes habia despertado la inspirada idea del generoso hijo de la Religion de Jesucristo, que con su constancia los habia hecho vislumbrar la inefable dicha de la vida eterna.

L. GAUTHIER.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MES DE MARZO DE 1871.

Dia 12. Por el ministerio de la Guerra se publica una orden fijando las reglas á que han de atenerse los que aspiren á obtener alguna de las 300 plazas de cadetes mandadas proveer en las armas de infantería y caballería, así como las condiciones necesarias para optar á ellas.

Dia 13. Por el ministerio de la Guerra se publican los siguientes decretos:

Nombrando comandante general de la division de caballería del ejército de Castilla la Nueva al mariscal de campo D. José Riquelme y Gomez.

Admitiendo la dimision que, fundada en el mal estado de su salud, habia presentado el mariscal de campo D. Manuel Pavía y Rodriguez de Alburquerque de los cargos de segundo cabo de la capitanía general de Aragon y gobernador militar de la provincia y plaza de Zaragoza.

Nombrando segundo cabo de la capitanía general de Aragon y gobernador militar de la provincia y plaza de Zaragoza al brigadier D. Carlos García Tassara, que se halla de jefe de brigada en el ejército de Castilla la Nueva.

Nombrando segundo cabo de la capitanía general de Granada y gobernador militar de la provincia y plaza del mismo nombre al brigadier D. Baltasar Hidalgo de Quintana que se hallaba nombrado gobernador militar de Guipúzcoa.

Nombrando gobernador militar de la provincia de Guipúzcoa al brigadier D. Juan de Acevedo y Perez, que se halla de segundo cabo en la capitanía general de Aragon.

Concediendo la gran cruz del Mérito militar de la designada para premiar servicios especiales al brigadier D. Ramon de Salazar y Mazarredo, gobernador militar

de la provincia de Vizcaya, y al brigadier D. Eduardo Nouvilas y Alsina, gobernador militar de la provincia y plaza de Gerona.

—Por el ministerio de Hacienda se publica una orden, por la cual, á consecuencia de consulta elevada al mismo por la administracion económica de Madrid, sobre si deben considerarse obligados á contribuir al impuesto de cédulas de empadronamiento las mujeres, hijos de familia y sirvientes, se ha resuelto:

1.º Que las mujeres casadas, cuando carezcan de fortuna propia ó no perciban utilidades por el ejercicio de alguna industria, no deben adquirir las mencionadas cédulas.

2.º Que las mujeres solteras y mayores de catorce años, vivan ó no en compañía de sus padres, si perciben pension, renta ó utilidades por el ejercicio de alguna industria, están obligadas al referido impuesto.

3.º Que los hijos mayores de catorce años que trabajen en el ejercicio de cualquier industria al lado de sus padres, deben adquirir las cédulas si no son considerados pobres de solemnidad.

4.º Que los ayuntamientos, teniendo en cuenta la importancia de las poblaciones, los salarios establecidos por la costumbre y las reglas que hubiesen adoptado para la declaracion de pobres de solemnidad, comprenderán ó esceptuarán á los sirvientes.

Y 5.º Que los alcaldes procederán, respecto á la concesion de cédulas gratis á los menores de catorce años y demas personas que estén esceptuadas del impuesto, con arreglo á las instrucciones vigentes, ó que en lo sucesivo se dicten por el ministerio de la Gobernacion sobre el ramo de vigilancia y orden público.

Dia 14. Por el ministerio de Ultramar se publica un decreto nombrando consejero de Filipinas al brigadier de artillería en situacion de cuartel D. José Mas y Sanz.

—Por el espresado ministerio de Ultramar se publica otro decreto, nombrando vocales de la comision que ha de redactar el escalafon del cuerpo de empleados de aduanas de la isla de Cuba y Puerto-Rico que resultan vacantes, á D. Ignacio Gonzalez Olivares, regente que ha sido de la Audiencia de la Habana; á D. José Fernandez Riero, intendente general cesante de Hacienda de la isla de Puerto-Rico, y á D. Martin Riera, subdirector que ha sido del Banco Español de la Habana.

—Por el mismo ministerio de Ultramar se publica una orden, por la cual, á consecuencia de consulta del gobierno superior civil de Filipinas sobre la conveniencia de que el plazo para restablecer la cobranza de derechos á los diferentes artículos que fueron declarados libres en 1863 y 1867, comience á contarse desde el dia en que se publicó en la *Gaceta de Manila* el acuerdo provisional dando por caducadas aquellas franquicias, se dispone que dicho gobierno se atenga á lo ordenado en 12 de setiembre último, entendiéndose que el plazo de ocho meses prefijado en ella se ha de contar desde la fecha de su publicacion en la *Gaceta de Madrid*; razon por la cual habrá que proceder á la liquidacion y devolucion de las cantidades que indebidamente se hayan cobrado por tal concepto; y por lo que respecta á las exenciones otorgadas en 1863, se dispone que puesto que al acordarlas no se ofreció que hubiera previo aviso de la derogacion, ni se marcó tiempo determinado para prepararla, se acepte lo propuesto por aquellas dependencias de Hacienda, determinando que quede aclarada la antes citada orden de 12 de setiembre último, en el sentido de que comience á contarse el plazo fijado por aquel gobierno superior civil desde la fecha en que se publicó su acuerdo en la *Gaceta de Manila*.

—Por el ministerio de Hacienda se publica una circular, dirigida á los administradores económicos de las provincias, por la cual se escita á los jefes de dichas dependencias para que activen y hagan activar á todas

las dependencias de Hacienda en sus respectivas provincias los expedientes que versen sobre aprehensiones de géneros de todas clases, y con especialidad de tabaco, á fin de que, una vez terminados, no se demore por ningún concepto la entrega de las cantidades que daban percibir los aprehensores.

Día 15. Por la presidencia del Consejo de ministros se publica un decreto, por el cual se dispone que durante la ausencia del ministro de la Guerra, D. Francisco Serrano y Dominguez, se encargue interinamente del despacho de los asuntos del referido ministerio el subsecretario del mismo D. Cándido Pieltain y Jove-Huergo.

—Por el ministerio de Gracia y Justicia se publican los siguientes decretos:

Trasladando, accediendo á sus deseos, al presidente de Sala electo de la Audiencia de Cáceres, D. Hermenegildo Gorria, á igual plaza en la de Albacete.

Jubilando, accediendo á sus deseos, á D. Mariano Gil y Alcaide, presidente de Sala que ha sido de la Audiencia de Pamplona, y electo de la de Albacete.

Trasladando, accediendo á sus deseos, á D. Manuel Custoya Valladares, magistrado de la Audiencia de Búrgos, á igual plaza en la de Barcelona.

Trasladando, accediendo á sus deseos, á D. Juan García Vazquez, magistrado de la Audiencia de Barcelona, á igual plaza en la de Búrgos.

—Por el ministerio de Fomento se publica una orden por la cual se dispone:

1.º Que son válidos, y como tales deben tenerlos las autoridades de Marina, los certificados expedidos por las escuelas de náutica, en que eran los estudios oficiales, hasta la supresion de las mismas por cuenta del presupuesto general, y que sigan sostenidas de fondos provinciales, municipales ó de fundaciones, siempre que en el certificado hagan constar que cuentan con igual número de profesores, y en idénticas condiciones que á la fecha de su supresion.

2.º En los Institutos de segunda enseñanza de las capitales de provincia, en las que, ó en los pueblos que comprende su jurisdiccion, hubiere habido antes escuela oficial de náutica y no existiera actualmente, se formará un tribunal en los meses de junio y setiembre, compuesto de los profesores de matemáticas, geografía y física, y de un profesor escedente piloto; y si no le hubiere, de un piloto libre designado por el director del Instituto, y ante este tribunal se aprobarán los estudios á que se refiere el decreto citado de 20 de setiembre de 1850, y expedirá los certificados oportunos.

3.º Las autoridades de Marina en los departamentos tendrán en cuenta que no es obligatorio cursar académicamente los estudios que comprende la carrera de piloto; pero no admitirán certificados de profesores de enseñanza privada, ni reconocerán otra forma de acreditar estos conocimientos que las que por esta disposicion se establecen, en las que caben perfectamente los hombres de mar que han hecho privadamente los estudios del piloto y quieren hacerlo valer en un exámen en las escuelas de náutica como alumnos libres, ó en los Institutos de segunda enseñanza.

Día 16. Por el ministerio de Hacienda se publica una orden dictando las reglas convenientes para que los trabajos de las comisiones de comprobacion administrativa establecidas por real orden de 10 de febrero último, se ejecuten con la regularidad y direccion convenientes al mejor resultado de tan importante servicio.

Días 17 y 18. No publican disposicion alguna de interes general.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

Terminando en fin del próximo mes de abril, en que cumple el segundo año la Revista, los abonos de la mayor parte de nuestros suscritores, rogamos muy encarecidamente á los que hayan de continuar suscritos, se sirvan renovarlos cuanto antes, ó avisarnos desde luego que desean continuar favoreciéndonos, con lo cual nos evitarán la aglomeracion de renovaciones á última hora, cuya operacion conviene facilitar, haciéndola paulatinamente.

A nuestros suscritores de algun punto de América debemos advertirles que si llegáramos á vernos en la triste necesidad de suspender el envío de los números de la Revista, no lo atribuyan á otra causa que á la falta de cumplimiento del corresponsal, que no gira oportunamente las cantidades que recauda de nuestros favorecedores. Si llegara ese caso, los que quieran continuar recibiendo con seguridad nuestro periódico, deben hacer la renovacion directamente á estas oficinas.

Rogamos muy encarecidamente á los señores suscritores que se hallan atrasados en el pago de sus abonos, se sirvan satisfacerlos á la mayor brevedad, con lo cual nos evitarán no pocas dificultades y perjuicios en la administracion, que para cubrir sus compromisos con la religiosidad que acostumbra, necesita que tambien los señores suscritores sean exactos en sus pagos.

ANUNCIO.

HISTORIA DE LOS PAPAS,

POR M. GARCÍA RODRIGO,

con una introduccion

POR D. RAMON NOCEDAL.

Con este título se está publicando una historia verdadera de los Soberanos Pontífices, desde San Pedro hasta el inmortal Pio IX. Teniendo en cuenta los malaventurados tiempos que corren, y deseando puedan todas las personas que se interesan por el catolicismo adquirir esta obra, se hace la publicacion por entregas.

Cada entrega consta de 32 páginas en 4.º, con tipos claros y elegantes, y excelente papel. La obra contendrá unos dos tomos, no permitiendo la índole de la publicacion determinar con certeza su estension.

Precio de cada entrega: UN REAL EN TODA ESPAÑA, pagando al menos cinco entregas anticipadas. En el extranjero, América y Filipinas, DOS REALES VELLON cada entrega.

Se suscribe en Madrid, en la administracion de la obra, calle del Barco, 9 primero, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado y Lopez. En provincias, Ultramar y extranjero, por conducto de los comisionados de la Revista hispano-americana ALTAR Y TRONO y de *La Esperanza*, ó dirigiéndose en carta al Editor-administrador de la obra, D. Antonio Perez Dubrull.

OBSEQUIO. Antes de terminar la publicacion del tomo primero se regalará un magnífico y reciente retrato fotografiado de Su Santidad Pio IX, en tamaño de media placa, para colocarlo al frente de la obra.

MADRID, 1871.—Imprenta á cargo de D. A. Perez Dubrull, calle del Pez, 6, principal.